

Trabajo

PERIÓDICO
SOCIALISTA

Año I :: Se publica los domingos :: Aguilas, 6 de Diciembre de 1931 :: Redacción: Aranda, 17-bajo :: Precio: 15 cts. :: Núm. 8

Un poco de historia obrera

Sucesos minúsculos y ejemplares

El año 1882 acordaron los socialistas madrileños publicar un periódico, que, por de pronto, sería semanal. Y como en aquellos tiempos ocurría lo mismo que en los corrientes, esto es, que para publicar un semanario hacía falta dinero, se emitieron acciones de una peseta, que no devengarían interés, y se las amortizaría tan pronto como el periódico produjese beneficios.

(Han pasado más de cuarenta años; aún no se amortizó ninguna acción.)

Cuatro años después, en Enero de 1886, se habían reunido 927 pesetas, después de pagados los gastos de emisión, que montaron a unas 30 pesetas, y se convino en comenzar la publicación de «El Socialista», que este nombre se dió a la publicación en ciernes.

Mediado Marzo apareció el primer número; a fines de Junio, no sólo se había gastado todo el dinero, sino que también se debían unos cientos de pesetas, que no podrían pagarse aún en el caso un poco absurdo de que todos los corresponsales y suscriptores abonasen hasta el último céntimo de sus atrasos.

Modo de resolver el problema: Reducir la retribución de Iglesias, de 30 a 15 pesetas por semana, cubriendo la diferencia por suscripción entre los amigos, y que los tipógrafos afiliados compusieran gratis el molde del semanario después de la jornada del trabajo que les daba para vivir.

[Hasta el año 1891 ó 1892 no pudo restablecerse la retribución de 30 pesetas semanales que se le daba a Iglesias—en 1897 ó 1898 se pudo elevar a 45—con escándalo de gentes que hasta sabían leer de corrido.] Hasta la primavera de 1902 no pudo abonarse la totalidad del coste de composición del molde. De los que empezaron esta tarea semanal—domingo, lunes y martes—, en Julio de 1886, y siguieron sin faltar semana hasta Mayo de 1902, sólo viven Matías Gómez Latorre y el autor de estas líneas.

El periódico apareció puntualmente, o sea sin asomo de eclipse administrativo.

El libro, el trabajo fundamental, el catecismo de los socialistas todos, es

el «Manifiesto comunista». Habíalo insertado «El Socialista» en sus columnas, sin pensar en utilizar el molde para editarlo en forma de folleto, y cuando se cayó en la cuenta, era ya tarde.

Pero uno de los cajistas que ayudaban a componer el molde había heredado unos 100 duros. Propuso viajar por España, trabajando donde pudiera, hasta dar fin de la suma casi fabulosa. Conoció el disgusto general por lo ocurrido con el molde del «Manifiesto» y entonces se ofreció a componerle nuevamente y costear la impresión y la encuadernación del libro, siendo la adquisición del papel negocio de «El Socialista» que tenía crédito en el almacén.

Si algún día se podía se le pagaría lo que gastaba y su trabajo.

Se imprimió el folleto y se pagó todo al cabo de siete años o más.

Antonio Atienza, tipógrafo, buen literato y buen conocedor del idioma francés, había traducido un folleto de Federico Engels—firmado con dos capítulos del *Anti Dühring*—titulado «Socialismo científico y Socialismo utópico», y otro folleto de Gnesde, denominado «La ley de los salarios y sus consecuencias», mas «El Socialista» no podía editar absolutamente nada.

Uno de los cajistas que componían el molde habló con el dueño de la casa en que trabajaba—D. Ricardo Fe, hermano del editor Fernando—y logró que los folletos se publicaran formando un volumen, siendo propiedad del editor, D. Ricardo, pero entregando unos cientos como pago de la traducción.

Por el mismo procedimiento se publicó la reducción de *El capital*, de Marx, hecha por Gabriel Derille, que tradujo magistralmente Atienza, y tres folletos más de Gnesde y Lafargue, titulados *Colectivismo y revolución*, *La autonomía y la jornada legal de ocho horas*, traducidos—bueno, traducidos!—por el que suscribe...

Este mismo D. Ricardo Fe editó en 1891 la *Miseria de la Filosofía*, de Marx, con introducción del traductor, José Mesa, y unas líneas de Federico Engels, pero en este caso hubo que abonar la mitad de los gastos a cambio de mil o mil quinientos ejemplares.

Y vaya ahora el relato de algo que

descubre el alma candorosa de los partidarios.

Los organismos obreros de Mataró, en los que predominaban los socialistas, sostenían una escuela de primeras letras para los hijos de los afiliados. Y no bien se publicó el libro, abstruso y difícil si los hay, el organismo directivo acordó declarar la *Miseria de la Filosofía* libro de lectura.

Afortunadamente el buen sentido se impuso y el acuerdo no prevaleció.

Y este suceso trae otro por asociación de ideas.

El año 1909 los albañiles de Madrid acordaron publicar un periódico quincenal que se titularía *El Trabajo*, lo mismo que la Sociedad editora, y me encargaron de redactarle y dirigirlo.

Quise hacerle útil y ameno, y como folletos inserté una aritmética que compuse y la traducción de la novela de Morris *Noticias de ninguna parte*, que no gustó.

Después traduje del francés algunos cuentos de Tolstoi, como *El Deseo*, e *Ivan el Imbécil* (o Juan el Tonto).

Por entonces muchas de las madres y las esposas de los afiliados pagaban cada semana la cuota refunfuñando, hasta acabar con la paciencia bien probada de los cobradores. *Juan el Imbécil* o el *Tonto* operó un cambio radicalísimo, las mujeres y los chicos pedían el periódico, disgustándose la semana en que no aparecía.

Y resolví, como lo hice, publicar los cuentos de Perrault. Después dejé la dirección del periódico.

Y basta, lector.

J. J. Morato

(De «La Gaceta literaria»: 15 IX 928).

Clinica Prieto

Rayos X, Diatermia, Luz Ultravioleta
Enfermedades de la mujer
Consultas de 11 a 2 y de 7 a 9
Calle Lara, 4.—AGUILAS

Diego Rodriguez Molina

Depositorio de la Cerveza
«Moritz» S. A.

AGUILAS

Charlas al viento

Serenidad

En este mismo número puede leerse un artículo interesantísimo—lleno de recuerdos ejemplares— de J. J. Morato. De esas anécdotas está llena la historia del socialismo español: historia de abnegaciones, de sacrificio, de rebeldías, de austeridad. Y abarcando toda esa historia, una vida: una vida magnífica, radiante, una vida que es para nosotros un símbolo, nuestro gran símbolo: Pablo Iglesias. Así es el socialismo. Como en esa página de historia. Así debe ser siempre nuestra política, nuestra actuación ciudadana, nuestro carácter, nuestro temperamento. Sin entregarse nunca a la estridencia de una palabra inadecuada, de un gesto inútil o procaz. Pero sin detenerse nunca—con valentía—ante ningún obstáculo, ante ninguna valla, ante ningún heroísmo. Vale más una actitud humilde, pero resuelta e insobornable, que toda la literatura indecente de algunas campañas mitineras. Serenidad. Y decisión.

La política de aldea—casi todos los pueblos de España son aldeas—no puede sostenerse mucho tiempo al margen de las pasioncillas, de los celos, del personalismo, de la injuria; no puede sostenerse mucho tiempo en un plano de perfecta ecuanimidad. Lo más difícil, cuando se vive en una aldea de España, es resistir al vértigo del malhumor, de la fácil irritabilidad, de la violencia en las palabras y hasta en los hechos. Y más difícil todavía contener ese vértigo en las masas provocadas y calumniadas.

Pero una fuerza organizada, con ideales concretos y con espíritu elevado, no es una masa irreflexiva y sugestionable. Nuestras sociedades obreras son falanges conscientes, cuyo poder—inmenso, formidable—radica en su disciplina y en su capacitación más que en su número o en su agresividad. Por eso, nuestra virtud debe ser la de concentrar todas las energías para las actitudes esenciales y decisivas; no desperdiciar esfuerzos—y desaprovechar prestigios—en viles escaramuzas sin sustancia y sin color. En la política local conviene despreciar siempre las insidias—cuando se pueda sin menoscabo del honor—porque éstas muchas veces sólo persiguen el desgaste de las organizaciones y de los hombres en incidentes de estrecha magnitud. Nos entretenemos muchas veces en cazar una mariposa o en matar un gusano, sin fijarnos en que se distrae nuestra atención de los deberes fundamentales.

Calcular en grande; pero sin perder el equilibrio nervioso; sin excitaciones inoportunas, sin exaltaciones hiperbólicas. Con serenidad.

Heliómano

